

quando canta la gloria de Dios, lo hace sin conocerla, puesto que sólo hay conocimiento en el espíritu del hombre, que procede de lo finito y de lo infinito. ¡A beber!

Mi padre llenó de vino tinto el vaso de mi buen maestro el señor abate Coignard y el del señor Nicolás Cerise, obligándoles á brindar amistosamente, y lo hicieron con gusto, pues eran personas honradas.

VI

EL NUEVO MINISTERIO

El señor Shippen, que ejercía en Greenwich el oficio de cerrajero, siempre que estaba de paso en París, comía en el figón de *La Reina Patoja* en compañía de mi padre y del señor abate Jerónimo Coignard, mi buen maestro. Aquel día á los postres, habiendo pedido, según su costumbre, una botella de vino, encendido una pipa y sacado del bolsillo la *Gaceta de Londres*, se puso á fumar, á beber y á leer tranquilamente. Luego, doblando el periódico y dejando su pipa en el borde de la mesa,

—Caballeros—dijo—, ha caído el ministerio.

—¡Oh!—exclamó mi buen maestro—, es un asunto que no tiene importancia.

—Dispensadme—respondió el señor Shippen—; es, por el contrario, un asunto de mucha importancia; pues siendo el antiguo ministerio *tory*, el nuevo será *whig* y todo cuanto sucede en Inglaterra es importante.

—
Coignard
de la
que s
pient
form
coma
—
sonri
nete
sexo
y en
encin
vir n
pient
pens
nes r
señor
jueg
Mi
tar,
pleto
do m
de h
de A
un d

—Caballero—respondió mi buen maestro—, hemos visto en Francia cambios más trascendentales. Hemos visto las cuatro plazas de secretarios de Estado substituídas por seis ó siete Consejos de diez miembros cada uno, y á los señores secretarios de Estado divididos en diez partes y vueltos después á su forma primitiva. A cada uno de estos cambios unos juraban que todo estaba perdido, otros que todo se había salvado. Compusieron canciones alusivas. Por lo que á mí se refiere me interesa poco lo que hacen en el gabinete del príncipe, observando que el transcurso de la vida no varía, que después de las reformas los hombres son como antes, egoístas, avaros, cobardes y crueles, alternativamente estúpidos ó furiosos, y que existe siempre un número casi igual de recién nacidos, de matrimonios, de cornudos y de ahorcados, en lo que se manifiesta el buen orden de la sociedad. Ese orden es estable, caballero, y nada podría turbarlo; pues está fundado en la miseria y en la imbecilidad humana y esos cimientos no faltarán nunca. Todo el edificio adquiere una solidez que desafía al esfuerzo de los príncipes más malvados, y de esa multitud ignara de políticos que los secundan.

Mi padre, que con la aguja de mechar en la

mano escuchaba aquel discurso, objetó con energía que podían encontrarse ministros buenos y que sobre todo recordaba á uno de ellos, recientemente fallecido, como autor de una ley muy oportuna que protegía á los figoneros contra la creciente ambición de los carniceros y de los reposteros.

—Es posible—señor Dalevuelta—repuso mi buen maestro—, y esa es una cuestión que debe tratarse con los pasteleros. Pero lo que importa observar es que los imperios subsisten, no por la sabiduría de algunos secretarios de Estado, sino por la necesidad de varios millones de hombres que para vivir se dedican á toda clase de artes humildes é innobles tales como la industria, el comercio, la agricultura, la guerra y la navegación. Esas miserias privadas constituyen lo que se llama la grandeza de los pueblos, y ni los príncipes ni los ministros tienen parte en ella.

—Estáis equivocado, caballero—dijo el inglés—, los ministros tienen parte en ella, puesto que dictan leyes, una sola de las cuales puede enriquecer ó arruinar á una nación.

—¡Oh!—exclamó el abate—, es cuestión de suerte. Como los asuntos de Estado tienen una trascendencia que el talento de un hombre no

abarca, es preciso perdonar á los ministros que trabajen á ciegas y no guardarles rencor por el bien ó el mal que hacen, considerando que obran como en Colin-Maillard. Además, el bien ó el mal que ocasionan resultan insignificantes, juzgándolos sin apasionamiento, y dudo, caballero, que una ley ó un mandato pueda producir el efecto que aseguráis. Juzgo así por las mozas galantes, que son por sí solas en un año objeto de más edictos de los que se lanzan durante todo un siglo contra los otros gremios del reino, y que no por eso dejan de ejercer su oficio con una exactitud admirable. Se ríen de las cándidas hipocresías que un magistrado llamado Nicodemus medita contra ellas, y se burlan del alcalde Baiselance, que con el propósito de arruinarlas, ha formado con varios fiscales y procuradores una liga impotente. Puedo aseguraros que Catalina la enajera, desconoce en absoluto el nombre de Baiselance y lo desconocerá hasta su muerte, que será cristiana, al menos así lo espero. Estoy persuadido de que todas las leyes con que un ministro rellena su cartera, son papelotes inútiles que no pueden ni obligarnos á vivir ni impedir que vivamos.

—Señor Coignard—dijo el cerrajero de Green-

wich—, fácil es comprender, por la bajeza de vuestro lenguaje, que estáis acostumbrado á la esclavitud. Si tuvieseis como yo la dicha de disfrutar de un gobierno libre, hablaríais de otra manera de los ministros y de las leyes.

—Señor Shippen—dijo el abate—, la verdadera libertad consiste en tener un alma libre de las vanidades de este mundo; pero las libertades públicas sólo pueden producirme risa. Son ilusiones propias para entretener la vanidad de los ignorantes.

—Vuestras reflexiones—dijo el señor Shippen—, me confirman en la idea de que los franceses son unos monos.

—Permitidme—dijo mi padre agitando su aguja de mechar—, también los hay que son leones.

—Entonces, sólo faltan ciudadanos—repuso el señor Shippen—. Todos, en el jardín de las Tullerías, discuten los asuntos públicos sin que de tales disputas surja nunca una idea razonable. Vuestro pueblo es una turbulenta jaula de fieras.

—Señor mío—dijo mi buen maestro—, es verdad que las sociedades humanas cuando llegan á un cierto grado de cultura, son semejantes á una jaula de fieras y que el progreso de las costumbres consiste en vivir en una jaula en vez de

errar miserablemente por los bosques. Y ese estado es común á todos los países de Europa.

—Caballero—dijo el cerrajero de Greenwich—, Inglaterra no es una jaula de fieras, puesto que tiene un Parlamento del que dependen sus ministros.

—Señor mío—dijo el abate—, puede ser que algún día Francia tenga también ministros sometidos á un Parlamento. Es más. Con el tiempo las constituciones de los imperios cambian mucho y no sería inverosímil que dentro de un siglo ó dos Francia adoptara el gobierno popular. De todos modos los secretarios de Estado que poco pueden hacer hoy, nada podrán hacer entonces, porque en lugar de depender del monarca con el cual comparten el poder y la estabilidad, estarán sometidos á la opinión del pueblo, débil é insegura. Es notorio que los ministros sólo ejercen el poder con alguna fuerza en las monarquías absolutas, como vemos en los ejemplos de José, hijo de Jacob, ministro de Faraón, y de Amán, ministro de Assuerus, que influyeron muy directamente en el gobierno de Egipto el primero y en el de Persia el segundo. Fué precisa una realeza poderosa y un rey débil para armar en Francia el brazo de Richelieu. En el Estado popular los mi-

nistros serán tan débiles, que su propia maldad y su simpleza no perjudicarán á nadie ni á nada.

»Sólo recibirán de los Estados generales una autoridad incierta y precaria; no pudiendo permitirse largas esperanzas ni amplios proyectos, emplearán su efímera existencia en despachar expedientes miserables. Envejecerán en el triste esfuerzo de leer sobre los quinientos rostros de una asamblea las órdenes para actuar. Buscando en vano su propio pensamiento en el pensamiento de una multitud de hombres ignorantes y divididos, languidecerán en una impotencia inquieta. Perdiendo la costumbre de prever y prevenir sólo cultivarán el embuste y la intriga. Caerán desde tan abajo que casi no sentirán el golpe y sus nombres escritos en las paredes por los chicos de la escuela, serán el hazme reir de los burgueses.

Oyendo aquel discurso el señor Shippen se encogió de hombros.

—Es posible—adujo—. Concibo muy bien á los franceses en semejante situación.

—¡Oh!—dijo mi buen maestro—, en esa situación el mundo seguirá su marcha. Será indispensable comer. Es la gran necesidad que engendra todas las otras.

El señor Shippen dijo golpeando su pipa:

—Entre tanto nos prometen un ministro que protegerá á los agricultores, arruinando al comercio, si se lo permiten. Tomaré mis precauciones, puesto que soy cerrajero en Greenwich. Reuniré á los cerrajeros y los arengaré.

Guardándose la pipa en el bolsillo se fué sin saludarnos.

VII

EL NUEVO MINISTERIO

(Continuación y fin.)

Después de cenar, como el tiempo era muy apacible, el señor abate Jerónimo Coignard dió un paseito por la calle San Jacobo, donde ya encendían los faroles, y me honré acompañándole.

Detúvose bajo el pórtico de Saint-Benoit-le-Betourné y señalando con su primorosa mano, tan adecuada para las demostraciones escolásticas como para las amorosas caricias, uno de los bancos de piedra colocados á uno y otro lado bajo las estatuas muy góticas embadurnadas con dibujos obscenos, me dijo:

—Dalevuelta, hijo mío, si os parece tomaremos el fresco un ratito sobre esas viejas piedras relucientes donde tantos pobres han venido antes que nosotros á descansar su miseria. Es posible que dos ó tres de esos innumerables infelices hayan tenido ahí conversaciones deliciosas. Nos exponemos á coger alguna pulga. Pero, puesto que os halláis en la edad de los amores, podéis